

existía en cierto modo, cuando no hicieron mas que formularla, al consumir su independenciam. Pero en ese periodo de mas de doscientos años, tambien aquellas colonias tuvieron sus intervalos de agitacion, sus disenciones, sus épocas de gobierno militar, sus rebeliones contra la opresion de la metrópoli; tambien allí en fin, hubo contiendas y sangre. Pero aquellas colonias snfrieron poco á poco todos esos males; bebieron gota á gota esa caliz de amargura que nosotros en veinticinco años de discusiones aun no hemos apurado.

Mas nosotros, ¿somos acaso el único pueblo que en una época de trancision para toda la humanidad, hayamos escandalizado al mundo con nuestras discordias y con la rapidez con que se han sucedido nuestros gobiernos? ¿Las naciones mas civilizadas del mundo no han pasado, poco ha y á nuestra vista por decirlo así, por esas mismas vicisitudes políticas mil veces mas desastrosas que las nuestras? ¿Nuestros padres no han presenciado horrorizados el espectáculo sangriento de la Francia en los dias del terror? ¿No han visto establecerse y despedazarse en aquella nacion tres ó cuatro constituciones republicanas al mismo tiempo que los reyes eran guillotizados? ¿No han visto despues un consulado, despues de él un imperio, un cambio de dinastía y á mnchos reyes vagando desterrados? ¿Y en seguida de esto no hemos visto la restauracion de los Borbones en Francia, su desaparicion, la vuelta de Napoleon y su imperio de cien dias, la nueva caida de este imperio y el reinado de Luis XVIII, y despues de él, la caida de Carlos X y su dinastía, y la elevacion de la dinastía de Luis Felipe, amagada ahora con los peligros de la menor edad de un príncipe y con el temor de las agitaciones de una próxima regencia? Y á la España y al Portugal ¿no las hemos visto tambien despedazadas por muchos años por las guerras de sucesion; y en estas guerras no se ha ido á derramar la sangre alguna vez al

palacio mismo de una reina, y á su misma habitacion, reduciéndola á la situacion mas peligrosa? ¿Y no hemos visto en estas naciones sancionarse y destruirse las constituciones, y cambiar la organizacion política con la misma inestabilidad con que aquí hemos pasado por esos mismos cambios?

Se nos propone la monarquía como la mas sólida institucion como el gobierno mas estable, como la organizacion política mas apropósito para conservar la paz y el órden público. ¿Pero cuáles son esas garantías de paz y estabilidad que dá la monarquía, principalmente en un país en el que como en el nuestro, han desaparecido todos los elementos del gobierno real y de la aristocracia? Se dice que siendo el poder hereditario en las monarquías, las naciones no están expuestas en ellas á las turbulencias de la eleccion del supremo magistrado que es amovible en las repúblicas; pero la experiencia nos enseña, que en las guerras de sucesion, el trono se disputa en las monarquía con mas encarnizamiento, que la suprema magistratura en una república, y que esas guerras son mas desastrosas y duraderas que cualquiera cuestion de poder en las democracias.

Digánlo sino, las guerras de sucesion suscitadas en Portugal y España por D. Miguel y por D. Carlos. La experiencia nos enseña tambien que la minoria de un príncipe heredero y el establecimiento de una regencia, son por lo comun una época de turbulencia y agitacion en las monarquías. En el mismo derecho hereditario de los reyes, está muchas veces el origen de las revoluciones en las monarquías; prueba de ello son los escándalos que precedieron en España á la violenta abdicacion de Carlos IV; y la frecuencia con que en Rusia han sido asesinados Czares, por abreviar con su muerte la sucesion de un príncipe heredero. Se nos presenta la inviolabilidad de los reyes como una de las mas firmes garantías de estabilidad del

gobierno monárquico. Contra esta teoría de inviolabilidad hablan en alta voz los hechos que en nuestra época hemos presenciado. Luis XVI ha sido guillotinado, Carlos X ha salido de Francia destronado, un rey de España ha sido obligado por la violencia á abdicar su trono, por algun tiempo los reyes de Nápoles y Sicilia han visto su s6lio ocupado por un rey de nueva dinastía, el antiguo rey de Suecia ha perdido su cetro. Iturbide y Murat han muerto en un suplicio. Napoleon que llego á ser mas poderoso que muchos reyes de Europa, ha sido sepultado, todavía vivo y lleno de vigor, en la roca de Santa Elena, designada ya para su tumba desde que á ella fuere relegado; ¿d6nde está pues la inviolabilidad de los reyes? ¿d6nde está la garantía de estabilidad que ella dá á las monarquías? *La responsabilidad de los reyes*, dice un escritor moderno, *no está consignada en las constituciones, pero está escrita en la historia con caracteres de sangre.* Y en efecto, las monarquías no tienen que hacer mas que registrar su historia para convencerse de esta verdad. La Inglaterra misma hallará en sus fastos algunos reyes decapitados. Con toda su pretendida inviolabilidad los reyes de España y de Nápoles, y últimamente el de la Grecia, han sido obligados por los pueblos á dar una constitucion ó ampliar de algun modo las garantías y los derechos populares.

Toda garantía de perpetuidad ó de muy larga duracion ha acabado en las monarquías desde que en las naciones modernas se ha proclamado el principio eminentemente democrático de la soberanía del pueblo, ese principio al que ya se apelaba en México desde 1808, ese principio que Hidalgo, Allende, Aldama y Abascal; proclamaron explícitamente en Dolores, cuando llamaron al pueblo á empuñar las armas y á decidir de la suerte de su país, en los combates; ese principio que Morelos y sus ilustres colaboradores consignaron en la primera constitu-

cion republicana de nuestro país, y que despues ha sido la base de todas las demás constituciones; ese principio, en fin, tan radicado entre nosotros desde que se consumió la independencia, que á él se ha apelado aun para ejercer el poder absoluto; porque la dictadura misma no ha subsistido en nuestro país pasageramente, sino invocando en su apoyo, la voluntad del pueblo soberano. Una vez reconocida en las monarquías la voluntad de los pueblos como origen de toda autoridad, como único título que legitima todo poder, los tronos no tienen ya mas apoyo ni mas garantía de estabilidad, que la silla presidencial de una república; la base de ambos es la voluntad del pueblo, esta voluntad mas circunspecta, mas constante en las naciones que han hecho grandes adelantos en la civilizacion, mas inconstante y veleidosa en los estados todavía poco civilizados, es la única que hace instables ó duraderas las instituciones en las monarquías y en las democracias de nuestro siglo. En nuestro país el principio de la soberanía del pueblo está, tan arraigado y tan firmemente establecido, que los mismos que establecieron la propaganda de la monarquía, aunque algunas veces se burlaban en sus escritos de la soberanía popular, despues la invocaban y apelaban al pueblo, buscando en su soberana voluntad un apoyo para realizar sus péfidos designios.

Señores: en la virtud y en la inteligencia, en la moralidad, en la instruccion y la justicia, en el patriotismo y en un noble desinterés para servir al país, es en lo que únicamente debemos buscar la estabilidad de nuestras instituciones, su mejora gradual y progresiva y la consolidacion de un gobierno popular; que dé vigor y respetabilidad á la República.

Jamás ha sido tan necesario como ahora, que ella se presente ante todas las naciones, fuerte por la union de todos sus hijos, vigorosa por su valor, respetable por la decisicion incontrastable de repeler esa agresion inícuca con que una nacion ve-

cina la ultraja y vilipendia. A vuestras disenciones y no á su valor, han debido sus triunfos esos agresores que ocupan ya una poblacion erigida despues de consumada la emancipacion de México y que lleva el nombre de uno de los mas esforzados campeones de nuestra independencia. La guerra contra los invasores de nuestro país es tan nacional y tan gloriosa, como aquella en que combatieron Galeana y Matamoros, los Bravo y Guerrero, como aquellas tambien en que Santa-Anna y Terán alcanzaron un triunfo tan glorioso, como aquella en que un puñado de valientes resistieron hasta donde estuvo en su poder, á la escuadra que bombardeó á San Juan de Ulúa. En esa guerra de México contra Norte-América, todas las simpatías de las naciones civilizadas nos favorecen, todos los pueblos que aman la libertad y la justicia, dirijen votos al cielo por nosotros: nuestra causa es la del patriotismo que combate con la rapacidad, es la causa de una nacion que defiende la tierra de sus padres, contra los que quieren conquistarla á nombre de una civilizacion propagada á fuego y sangre; es la causa de la libertad del hombre, porque México pelea, contra un pueblo que ha hecho de la esclavitud una inhumana especulacion, y que explota al hombre y lo marca con un sello de servidumbre como si fuese un bruto, como si todo individuo de la especie humana, no fuese hijo de Dios; es la causa de la igualdad santa que nos predica el Evangelio, pues que en ella combate nuestra patria contra una nacion en la que una sola raza domina á las demas y las humilla y envilece, es en fin, la causa de la civilizacion, porque si esa república ambiciosa llegara á enseñorearse de nuestro país, toda raza que no fuese la de origen europeo, seria despojada de los derechos políticos y reducida á una inferioridad muy parecida á la servidumbre de los negros. Fuera de esa guerra dirigida á repeler á los inicuos invasores de nuestra patria, no hay gloria ni esperanza

de celebridad para los guerreros de la república. En la inaccion de las ciudades, no hallarán sino una afrentosa ociosidad cuando claman nuestros compatriotas de la frontera pidiendo su socorro. En las disenciones y discordias civiles no hallarán sino triunfos lamentables y escandalizarán al mundo, manchando sus espadas con sangre de hermanos, cuando los invasores tremolan victoriosos sus banderas en el suelo de la república. Qué ¿se habra ya acabado la raza de los valientes que pelearon bajo las banderas de Hidalgo y de Allende, de Matamoros y de Galeana, de Mina y de Moreno? ¿Se habran acabado ya los que combatieron bajo el glorioso estandarte de las tres garantías? ¿No quedaran ya algunos esforzados de los que volvieron victoriosos de Tampico, recibiendo por todas partes los aplausos y bendiciones de los pueblos? ¿Una sola victoria obtenida por los invasores, habria bastado para desalentar los corazones de los mexicanos, que aun no han podido olvidar la energía con que Victoria y Guerrero, combatieron por la independencia de su patria, siempre valientes, siempre esforzados, cualesquiera que fuesen las desgracias con que la adversa fortuna probaba su constancia?

Mexicanos: pediais la federacion para desarrollar todos los recursos de cada Estado y salvar con ellos á la república; ya la teneis; ya teneis esa confraternidad política que os hace poderosos. Guerreros! querias un caudillo que os guiare á la victoria, un gefe que tuviese el prestigio de antiguos triunfos; lo habeis escogido, lo habeis llamado, y el mismo os convoca á seguir la bandera nacional y á combatir por nuestra patria. Las naciones todas os contemplan, y los pueblos mas cultos de la tierra, han fijado sus miradas sobre nuestra patria, esperando ansiosos el desenlace de una contienda en que la humanidad y la civilizacion, están tan vivamente interesadas. Vuestro triunfo será un nuevo título de gloria para la república; el solo

bastará para hacer indestructible la nacionalidad de México. De vuestro valor, apoyado por los esfuerzos de los pueblos, depende que México sea respetado por todas las naciones de la tierra; el decidirá si la patria ha de brillar entre los pueblos soberanos, ó si ha de caer como una estrella que se eclipsó cuando apenas habia comenzado á arrojar su resplandor sobre la tierra ¡Oh Dios! A tí clamamos los que hemos sido insultados por un pueblo ambicioso y provocador á una guerra que es inícuo, por parte de los que la han suscitado. Infúndenos ¡Señor! aquel espíritu de libertad y de patriotismo que la voz de Hidalgo incendió en el corazón de nuestros padres, cuando en el gran día de nuestra patria, proclamó nuestra emancipación y puso bajo tu protección la causa de su pueblo. Dios de la libertad y de la justicia; para triunfar de la iniquidad de nuestros agresores nada te pedimos en este día solemne; sino que calmes nuestras discordias, que aplaques nuestros resentimientos, que hagas de nosotros un pueblo de hermanos, animados como lo estuvieron nuestros padres de un entusiasmo tan puro y tan heroico, cuando desafiaron á la tiranía y la llamaron á aquel combate en el que triunfaron al fin bajo tu protección omnipotente. Para ver victorioso á un pueblo que en este día se acuerda siempre de su Dios, con regocijo, con gratitud y con ternura, solo te pedimos algunos hombres cuyo brazo sea digno de empuñar la lanza de Galeana, cuya mano haga resplandecer en los combates la espada de Morelos.

La patria es el alma de la nación, y el alma de la nación es el patriotismo. El patriotismo es el amor á la patria, y el amor á la patria es el deber. El deber es el fundamento de la moral, y la moral es el fundamento de la civilización. La civilización es el resultado de la moral, y la moral es el resultado del deber. El deber es el fundamento de la moral, y la moral es el fundamento de la civilización. La civilización es el resultado de la moral, y la moral es el resultado del deber. El deber es el fundamento de la moral, y la moral es el fundamento de la civilización. La civilización es el resultado de la moral, y la moral es el resultado del deber.

OBSERVACIONES.

Aunque en el discurso que he presentado de este orador no se observaron en él estrictamente los preceptos que sirven para formar un discurso, ni se tuvieron presentes los cuatro miembros de que debe constar, que son *Exordio*, ó introducción, *narración* ó proposición, *confirmación* ó prueba y *epílogo* ó conclusión, es digno de que el lector fije en él su atención, por su mérito como pieza literaria y por las bellas figuras con que se haya adornado. Mas que un discurso cívico, puede considerarse como una disertación, no solo encomiástica de los primeros héroes de la independencia, sino verdaderamente filosófica é histórica.

Con suma habilidad, entra el orador examinando las causas que dieron origen á la conquista, como se comenzó á preparar y fué tomando paulatinamente desarrollo, el movimiento nacional. Analiza con verdadera maestría los progresos que en las ciencias y artes México hizo, mientras permaneció sujeto á la corona española y los que ha obtenido en veinticinco años después de hecha la independencia, no solo en las ciencias y artes, sino en toda clase de mejoras. Erudito en la historia, dá gran vigor y ameniza con los ejemplos que presenta, sus reflexiones y argumentos. Su lenguaje en lo general es correcto, fluido y enérgico, y sus descripciones é imágenes tan propias y animadas, que dejan al espíritu agradablemente impresionado.